

to anglo-indio, que habia vivido por espacio de treinta años en aquel país sin rival:

«Dormía aún, cuando á las tres de la mañana, mis bohís (portadores de palanquin) levantaron la esterilla donde dormía, sin turbar mi sueño, que respetaban con la bondadosa ternura innata en aquel pueblo dulce y sencillo, y emprendiendo la marcha con paso mesurado, sólo la deliciosa frescura que precede á la salida del sol pudo arrancarme de mi profundo sueño.

«¡Cuán voluptuosa es esta primera hora de la mañana en los trópicos! ¡Cuán embalsamado y puro es el aire! ¡Y cómo se adorna la naturaleza con todos los colores del prisma antes de cubrirse con su traje de oro! ¡Las aguas reflejan un cielo tan azul! ¡Y luégo, aquella frescura virgen que no podeis saborear más que un momento, que os deja, que se escapa, pero que os baña y acaricia para hacer más sensible su pérdida! Sólo aquí se puede apreciar todo su encanto, en medio de aquella vegetación asombrosa donde pacen innumerables rebaños de ciervos y jabalíes, en donde brinca el antilope, en donde el florican y el avutarda elevan su pesado vuelo, en donde millones de cordónices y de perdices se llaman sin cesar. Numerosas bandadas de zarcetas, de patos, de gansos salvajes y de garzas reales revoloteaban sobre los estanques; cada pantano, cada arrozal está cubierto de gallinitas ciegas. Si seguís las orillas de un nullah (riachuelo pantanoso), del centro de los arbustos en flor que se balancean sobre vuestra cabeza se oye un revoloteo ruidoso; es el pavo salvaje con su plumaje sembrado de pedrería, que os anuncia la proximidad de una

caza no ménos bella, pero mucho más peligrosa, advirtiéndooos que no os descuideis en poner una bala en vuestro fusil. Efectivamente, si mirais atentamente la arena del riachuelo cuyo curso seguís, vereis allí señales marcadas, frescas aún y profundamente señaladas, del rey de los desiertos.

«Es una singular coincidencia, pero es casi seguro que en el sitio en que encontréis un pavo real, el tigre no está léjos. Prefieren sin duda los mismos sitios, y el espeso follaje que agrada al pájaro sirve para ocultar su terrible vecino á los ojos de sus víctimas, hasta el alcance del salto fatal.

«Si se detiene uno á las orillas encantadoras del Godavery, el rio de las amorosas leyendas, vereis allí jóvenes del país llevar flores en una hoja de banano, ponerla dulcemente sobre el agua de la orilla y mirarla cómo huye con la corriente, atribuyendo temores y esperanzas supersticiosas á la suerte que va á correr su ofrenda. Si la pequeña barquilla que lleva sus amores zozobra al poco tiempo, se alejan con los ojos bañados de lágrimas; si sobrenada hasta perderse de vista, se vuelven á sus casas con paso ligero y el corazón alegre. ¡Cuán graciosas son estas hijas de la India! La Escritura Santa nos representa á las mujeres yendo por las noches á llenar las ánforas en los pozos públicos. Esta costumbre patriarcal existe en todo el Oriente, pero sobre todo en los campos. ¡Y cuántas veces, al declinar uno de esos días abrasadores, sentado sobre las gradas de un estanque, he seguido con la vista aquellas formas esbeltas y elegantes, aquellos bustos tan admira-

blemente modelados, y cuyo anchuroso manto de los tiempos antiguos, que cae sobre el hombro izquierdo, no oculta más que la mitad del busto, después de rodear el talle delicado y los redondos senos! En verdad, la jóven india con su traje sencillo y primitivo, como el pájaro con su vistoso plumaje, no tiene nada que envidiar á los tocados pomposos y artificiales de las grandes damas de nuestros salones.»

De este modo hablan de la India las gentes que han vivido ó viajado mucho tiempo por aquel país.

Permítaseme dar dos descripciones de Madras á título de comparacion, una de ellas escrita por Mr. Waren, que ha envejecido en el Indostan, y que nadie le negará que es competente en la materia, y la otra de los señores Cernuschi y Duret, que han recorrido la India en tres meses, es decir, el camino de *todos los que hacen la misma excursion.*

Empiezo por Mr. de Waren:

«El aspecto de Madras es irregular y singularmente extraño, estando dividida la ciudad en dos partes distintas, la ciudad blanca y la negra, la Europa y el Asia, separadas por una explanada. En la ciudad blanca las casas son de techos planos á la española, rodeadas la mayor parte de pequeños jardines y separadas por calles cubiertas de sombra, por los grandes árboles que hay plantados á ambos lados; hay cuarteles, un palacio, muchas iglesias, algunos monumentos construidos por los modelos de la arquitectura griega, y hasta una fortaleza con sus glácis y sus cañones, y el ruido monotonó de las olas que se va perdien-

do insensiblemente hasta una legua de distancia.

«Después un inmenso pueblo con cabañas agrupadas unas encima de otras, minaretes, pagodas, mezquitas; aquí un barrio portugués, allá una casa aislada entre las chozas, cubierta de tejas, pero de un solo piso, y pintada en listas verticales de diversos colores (la antigua arquitectura polichroma del Asia); las palmeras lanzando por encima sus hojas inmensas, el tamarindo, la higuera sagrada apoyándose en la tierra por veinte troncos vigorosos, formando bóvedas y sacudiendo de sus anchas ramas la sombra, la frescura y el sueño; un pueblo bronceado que se mueve, que duerme, que trabaja, que fuma, que hace sus abluciones, todo en medio de la calle. Esta es la ciudad negra.

«En fin, para completar el cuadro, alamedas hasta perderse de vista, rodeadas de esos magníficos palacios dóricos, jónicos, corintios; templos de Aténas que pone al abrigo del ruido y del polvo una bella alfombra de yerba. Este es *The Garden*, la deliciosa campiña de Madras.

«Las casas de estos príncipes mercaderes presentan, cuando las iluminan por las noches á la hora de la cena, un espectáculo grandioso y de un brillo extraordinario. Las habitaciones son inmensas, pues se necesita aire bajo aquel clima abrasador; los techos son elevados; todas las puertas están abiertas, veladas solamente por una cortina de gasa ó un ligero tejido de bambúes para impedir la entrada á los murciélagos que toman posesion de la atmósfera á la puesta del sol; las paredes son generalmente de estuco blanco hecho con conchas machacadas, y de un reflejo

admirable. De trecho en trecho hay candelabros de muchos mecheros sujetos en la pared, con bombas de cristal, alimentados con aceite de coco, y que esparcen una luz brillante por la habitacion. Los pisos están cubiertos de finísimas esteras de Calcutta lisas y brillantes, que al principio teme uno tocar con los piés, pero que luégo encuentra deliciosas por su frescura. El mueblaje es de una elegancia suntuosa; la variedad y el número de los criados, su aire grave y respetuoso, dan tal dignidad á estas casas, que cree uno encontrarse en un palacio real.

»Al dia siguiente, ántes de salir el sol, hice una larga excursion por la ciudad negra, pues deseaba ver de cerca aquel gran hormiguero humano, que la víspera no habia hecho más que entrever al paso, y conocer su vida íntima y sorprenderle cuando se levantase. Estaba impaciente tambien por saber lo que era una mezquita y una pagoda, cuyas descripciones habia leído, pero de las que no tenia una idea bien definida.

»A aquella hora, una gran parte de la poblacion, los pobres de todas clases y los artesanos y jornaleros, dormían al aire libre, sobre esteras unos, y otros sobre la tierra, pero cada uno delante de su casa. El turbante sirve de almohada á los hombres, y á las mujeres las trenzas de sus cabellos. Todos duermen con el rostro cubierto con un extremo de su traje, para preservarse del rocío y de los insectos. El marido y la mujer se envuelven en el mismo pedazo de tela que sirve por el dia de vestido á la mujer, y por la noche de sábana para los dos. Algunas veces, dos ó tres parejas de ambos sexos, diferentes generaciones

de una misma familia, se colocan así uno al lado del otro. A medida que va entrando el dia, se levantan, separan aquella especie de sudario que les envuelve, y empiezan la *toilette*, que se hace al aire libre; la mujer va á buscar agua que vierte sobre la cabeza y las espaldas de su marido, que está en cuclillas, lavándole y frotándole; despues le untará el cuerpo con aceite, le peinará y trenzará sus cabellos, muy largos pero reducidos á un mechón en el centro de la cabeza, y segun sea sectario de Brahma, de Vischnou ó de Siva, trazará sobre su frente diferentes líneas verticales ú horizontales, blancas, amarillas y encarnadas, de colores vivos y brillantes, que son las que indican su casta.

»Terminada aquella operacion, el señor y amo se acurruca como un mono en el dintel de su casa, y fuma gravemente su *houkah*. La mujer, ó más bien las mujeres, pues generalmente tienen muchas, ántes de ocuparse de su propia *toilette*, barren la casa y la parte de la calle que ha servido de alcoba; luégo la riegan, embadurnando las paredes con boñiga de vaca diluida en agua. Este uso tiene un doble objeto: como la vaca es animal sagrado, esta agua es su agua bendita, y luégo aquella preparacion destruye los miasmas y los insectos.

»Y por encima de todos estos grupos, delante de cada casa, la higuera sagrada eleva su noble cima, y las elegantes mimosas inclinan su ligero follaje sobre las casas. ¡Qué hermosura! ¡Qué lujo de vegetacion!

»Cuando el disco del sol va á desaparecer, se oye el cañon del fuerte San Jorge. En el mismo

instante resuenan en el aire voces sonoras, y desde lo alto de las mezquitas el muezzin llama á los creyentes á la azan (la oracion) con la fórmula bien conocida de: «La Allah il Allah, Mahomed Russoul oullah!» «No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.»

No seguiré á Mr. Waren en sus descripciones de las mezquitas musulmanas y de las pagodas indias con sus cúpulas, sus minarettes y sus pirámides sobrecargadas de esculturas, y me ocuparé de las impresiones que aquella soberbia naturaleza ha inspirado á los otros dos viajeros que ya he citado.

«Madrás—dice Mr. Teodoro Duret—es una ciudad informe que no tiene plan determinado. Las casas habitadas por los europeos están esparcidas en medio de una especie de bosque, y hay que hacer un viaje para ir desde la ciudad donde uno vive á la otra en donde se hacen los negocios por el día. Se va de una á otra atravesando el vasto espacio vacío que sirve de explanada al fuerte San Jorge. Tienen el mar y además un río, pero han construido la ciudad de tal modo que no se los ve. Los monumentos y las casas son de un estilo aún más feo que en las otras ciudades del Asia construidas por los ingleses, y esto quiere decir mucho.

«Madrás es una de esas ciudades que se hacen á ciegas, en donde los barrios están amontonados unos sobre otros, porque se necesitaba sin duda que en esta parte de la India se construyese una ciudad en alguna parte. Ninguna ciudad marítima está tan mal situada. Frente á Madrás la mar se precipita sobre la costa, sin que haya nin-

guna especie de puerto ó abrigo. Cuando vienen las tempestades, si los marineros no cortan pronto los cables y salen á alta mar, los buques se estrellan en la costa. Hace pocos meses, todos los buques mercantes que habia en la bahía, sorprendidos por la tempestad, se estrellaron sobre el muelle. Aún quedan allí restos del siniestro.

«El único placer que una ciudad como Madrás reserva al viajero, es el marcharse cuanto antes. Precisamente un vapor de las Mensajerías hacia escala allí con destino á Calcutta. Nos faltó tiempo para precipitarnos en él.»

Esto es cuanto ha inspirado á esos señores la antigua Madrás, una de las ciudades más pintorescas y más extrañas del Indostan.

Pero esto no tiene nada de particular, pues Mr. Waren ha permanecido allí muchos años... y ellos tan sólo veinticuatro horas.

Todas sus impresiones de viaje están en esta escala. Estos caballeros se han precipitado por todas partes, y como no han visto nada, escriben que no hay nada, y que los que han visto otra cosa son viajeros románticos.

¡Viajero romántico Mr. de Humboldt!

¡Viajero romántico Víctor Jacquemont!

¡Viajero romántico Mr. de Waren!

¿Qué diríais de un chino que despues de haber permanecido veinticuatro horas en el Gran Hotel, se marchara de París diciendo que la partida es el único placer que le ha procurado esta ciudad?

Pues bien, Madrás, sin disputa, con su cintura de olas azules, su sol deslumbrador, sus cúpulas, sus minarettes, sus mezquitas, sus pagodas indias, su espléndida vegetacion, los encantos incompa-

rables de su ciudad indígena, donde viven doscientos mil indígenas de bronceada tez, y sus coquetas *villas* al estilo oriental, llamará más la atención á un europeo un poco sensible, como dice Jacquemont, á las bellezas de la naturaleza tropical, que nuestra gran capital francesa, que interesa aún más la inteligencia que los ojos, y que no se aprecia como debe ser apreciada (fuera de la turba cosmopolita que introduce allí sus vicios, acusándonos de ellos) hasta cuando uno llega á conocerla.

Voy á abreviar, pues este asunto me arrastraría demasiado léjos; pero he querido, una vez por todas, explicarme sobre este punto, que le habia tocado otra, para probar que hombres eminentes han confesado con franqueza la admiracion que les inspiraba la India, y no se han creido obligados á traducirla en estilo de *gran libro*.

Precisamente lo que me ha seducido más es esa grande vegetacion de los trópicos, los incomparables espectáculos de la naturaleza descritos con tanto entusiasmo por esos ilustres sabios que me han precedido, las costumbres íntimas en que mis funciones oficiales me han iniciado, las ruinas embellecidas por la poesía y la leyenda; y he descrito lo que he sentido y visto como lo he visto y sentido.

Esos señores dicen que no han encontrado *en su camino ni aventuras extraordinarias, ni nada maravilloso*.

¿Qué quieren entónces? ¿Qué nombre dar á esas cazas de tigres, caimanes, elefantes salvajes, rinocerontes, etc.?

¡Dios mio! ¿Por qué no se paran en Chander-

agor, en vez de *precipitarse* sin cesar? No se caza á bordo del vapor, ni en camino de hierro; que vayan á buscar á Mr. Courjon, uno de nuestros compatriotas y el más espléndidamente hospitalario del Indostan, que tendria un placer en ponerlos en los lomos de un elefante, en medio de media docena de tigres, sobre los que hubieran podido ejercitar su golpe de vista y la firmeza de su mano. Respecto á caimanes, los hubieran encontrado por todas partes, pues es una caza tan comun en la India como la de los ánaes salvajes en Europa; y en cuanto á los elefantes, ¿creen que no los hay en la India, ó que estas cazas pueden hacerse sin peligros y sin aventuras, porque ellos no las han presenciado jamás?

En la admirable obra del *Universo pintoresco*, publicado por los Didot (1), Mr. Dubois de Jaucigny, antiguo ayudante del nabab de Aoude, termina sus noticias sobre Ceylan con estas reflexiones:

«Despues de habernos extendido sobre el clima *de aquella isla magnífica*, hubiéramos deseado poder entrar en algunos detalles sobre sus producciones, que ofrecen gran interes. Pero tenemos que contentarnos con dejar estos detalles para la obra de Pridham, recordando tan sólo que Ceylan ha sido siempre notable por sus perlas, sus ópalos, su canela y sus elefantes; y para dar una idea á nuestros lectores del inmenso número de estos

(1) Este monumento de historia, de geografía y de etnografía universal, escrito por hombres competentes que han habitado los países que describen, debe formar parte de todas las bibliotecas de los padres para completar la educacion de sus hijos con nociones exactas sobre todos los pueblos del globo.

animales, dirémos tan sólo que el mayor Rogers, inglés é infatigable cazador y el mejor tirador que cuentan los anales del *Sport* en las Indias inglesas, muerto desgraciadamente por un rayo hace dos años, habia escapado *milagrosamente* á infinidad de encuentros con esos gigantes de los bosques, despues de haber matado él solo *dos mil elefantes*.

¿Los señores de que ya he hablado creen tal vez que Rogers ha matado esos dos mil elefantes en medio de los bosques sin haber tenido ninguna aventura maravillosa que contar, y sin haber escapado *milagrosamente á esos dos mil encuentros*, sin correr más riesgos que si fuese una caza de conejos en el bosque de Fontainebleau?

En cuanto á las costumbres tan curiosas de las poblaciones que habitan, de los musulmanes, indios de las antiguas razas, afghanes, sikhes, mahrattas, malabares, tamoules y cyngaleses, con sus creencias, sus supersticiones, sus castas, sus templos, sus penitentes, sus fakirs y sus bayaderas, no creais hay nada maravilloso que contar, porque ignorais el idioma de estos pueblos, y habeis por espacio de tres meses, frios y escépticos, *precipitados* de estacion en estacion, mirando tan sólo curiosamente por la ventana de vuestros vehículos. Dios mio, ¡cuánto os debeis haber fatigado, y cuánto debe haberos crispado los nervios la India! ¡Qué suplicio, con cuarenta y cinco grados de calor, devorar tan largo itinerario en tan poco tiempo! Y ni los rinocerontes, ni los elefantes, ni las bayaderas, ni los fakirs, han venido á visitaros á vuestro wagon. ¡Amarga decepcion!

Y ademas, ¡cuán ridiculos son los dos ó tres rajahs que habeis visitado por casualidad! ¿No es verdad? Juzgo por las impresiones que os han dejado sus palacios.

«En el interior, las salas de recepcion que vimos estaban adornadas de una manera que daba risa, encontrándose allí un conjunto de chucherías europeas: vasos de cuatro cuartos, relojes de Nuremberg, juguetes de la feria de Saint-Cloud.»

¿Por qué no reflexionar un poco ántes de escribir esas líneas? Pues qué, ¿un indio no se asombraria tambien al ver bajo urnas de cristal, en los salones de los europeos, esas mil baratijas del extremo Oriente, que todos nos apresuramos á llevar á nuestro país?

Felizmente la India tiene para consolarse el amor y la admiración de los Dubois de Jaucigny, Waren, Victor Jacquemont, Humboldt, Anquetil y Rousselet.

¿Se creerá tal vez que me expreso así, con relacion á estos dos turistas, que se llaman *realistas* porque no han descubierto en Madras otra cosa que *la mar, el rio y el placer de marcharse*, por amor propio de viajero que quiere sostener sus dichos? ¡Oh, Dios mio! No, y hé aquí la prueba:

Mr. Tomás Anquetil, á quien ya he citado dos veces en esta obra, en su libro titulado *Aventuras y caza en el extremo Oriente*, con respecto á los alligators de Ceylan, que desgraciadamente llamé caimanes, *me ha criticado un poco*; pero esto no impide que yo confiese que Mr. Anquetil es uno de esos raros viajeros de nuestros dias *que saben viajar*, y cuando leo sus libros, algo difu-

dos pero verdicos siempre en todas sus partes, me parece ver al hojear sus páginas las costas de Comandel y de Birmania, el golfo de Bengala, y todos los países de aquel viejo Indostan que tanto he amado.

Ruego al lector me excuse si, aprovechando mi corta permanencia en Wiwellé, le he deslizado una especie de prefacio, que no habrá leído á la cabeza de ningun libro.

A eso de las siete de la mañana salí de Wiwellé, y á las diez llegué á Punta de Galles, despues de haber atravesado el Goundoura, rio de corta importancia que desemboca en el Océano en Mahamoderé.

El *Labourdonnais*, vapor de las Mensajerías marítimas, mandado por el teniente de navio Rapatel, á quien conocia, acababa de anclar, llevando la correspondencia de Calcutta, Madras y Pondichery para China y Europa, y yo esperaba recibir cartas.

No me cansaré de elogiar la admirable organizacion del servicio postal establecido por los ingleses en la India entera y en Ceylan, pues con sólo indicar á las personas que escribís vuestro itinerario y seguirle exactamente, encontrareis siempre carta, lo mismo en las ciudades que en las pequeñas aldeas perdidas en medio de los bosques. Van directamente primero al jefe de la provincia, y de allí se expiden á cada distrito, confiándolas á los corredores de la casta de los robis, que hacen veinticinco leguas por dia y las llevan tan fielmente á su destino, que el post-master general de la presidencia de Madras me afirmaba un

dia que no hay ejemplo de que se hubiese perdido ó sustraído una carta. Para el servicio de las costas del extremo Oriente y de Europa, para la conduccion de la correspondencia, se emplean los buques que salen primero, sea cual sea su nacionalidad, pues el interes de la rapidez de las correspondencias, tan útil para el comercio, se sobrepone á toda consideración.

Así es que el *Labourdonnais*, buque frances que salia el mismo dia que el *Oriental*, vapor de la Compañía inglesa, recibió toda la correspondencia porque salia de Calcutta tres horas ántes que el segundo.

Cuando ancló el vapor frances, me dijo Mr. Aubert, agente de las Mensajerías, á quien me habian presentado en mi primer viaje, y con quien acababa de entablar amistad.

—¿Quereis venir á bordo?

—Con mucho gusto,—le respondí.

Y salté sobre la embarcacion, que partió como un rayo.

Sin pedirme permiso, Amoudou me siguió.

No nos habíamos alejado veinte brazas del puerto, cuando mi nubio, que no habia despegado los dientes desde nuestra salida de Kaltna, lanzó una ruidosa exclamacion seguida de una de esas risas estrepitosas que expresaban su más viva alegría.

—Saeb,—me dijo entre dos carcajadas,—mirad, Antinou está en el barco de los blancos.

—¿Qué Antinou?

—Antinou de Pondichery, Antinou de mati Lafarge. (Mati quiere decir señor en el lenguaje de Amoudou).

Antonio ó Antinou, como le llamaba Amoudou,

era un indio de raza mahratta que estaba al servicio del señor Lafarge, mi mejor amigo, sustituto de procurador general en Pondichery. Al oír aquellas palabras pronunciadas por mi nubio, me conmoví profundamente, pues consideré que estando el criado allí, también estaría el amo, á ménos que no le hubiese despedido, y cogiendo mi antejo, lo dirigí en la dirección del *Labourdonnais*.

No se había engañado Amoudou, era el mismo Antonio el que, apoyado en la borda, miraba las pequeñas embarcaciones que se dirigían al buque; pero por ninguna parte veía á mi amigo.

De repente el mahratta fijó sus miradas en nuestra lancha, y desapareció.

—Saeb, nos ha reconocido Antinou, y va á avisar á su amo, que estará en el camarote, —me dijo mi nubio.

La reflexion era justa, pues algunos minutos despues subía la escalera del buque y me arrojaba en brazos de mi amigo. ¿Qué digo? No era un amigo el que acababa de encontrar, era un hermano.

Cuando fuí nombrado, hace ya muchos años, juez del tribunal de Pondichery, salí solo de Francia, pues temia exponer á mi mujer á este clima abrasador.

La *Erymanthe*, buque á cuyo bordo iba, ancló frente á la costa malabar, en la antigua ciudad de los Dupleix y de los Bussy, océano de verdura que brillaba en esplendentes colores bajo los últimos rayos del día.

En el momento de desembarcar y de separarme de mis compañeros de viaje que proseguían su ca-

mino á Calcutta, se apoderó de mí profunda tristeza. A pesar de todas las seducciones de aquel país admirable, temia el aislamiento. Apenas toqué la arena de la playa, una mano amiga vino á estrechar la mia, y Mr. Lafarge me ofreció dividir conmigo su habitacion. Desde este día nació entre nosotros una amistad cuyos lazos estrecha cada vez más el tiempo.

Despues de los primeros momentos de expansion, le pregunté la causa de su llegada á Ceylan.

—El deseo de veros, —me respondió; —y temiendo que volviérais á tomar el camino de Chandernagor sin pararos en Pondichery, pedí una licencia de tres meses, que me concedieron al momento, pues es la primera que pido desde mi llegada á la India. Y héme aquí armado de piés á cabeza, y pronto á acompañaros en vuestras excursiones y á dividir con vos los peligros. En vuestra última carta, fechada en Manaar, me trazábais vuestro itinerario, y contaba encontraros aquí ó en Colombo. Hubiera podido escribiros, pero he preferido sorprenderos.

Miéntas que Amoudou y Antonio, que eran antiguos amigos, se ocupaban de nuestros equipajes, nosotros nos metimos en una canoa indígena que nos desembarcó en tierra á los pocos momentos, y agarrados del brazo, nos dirigimos á mi campamento.

Este día es uno de los recuerdos más agradables que conservo de mi vida de viajero.

Por la noche pregunté á mi compañero si tenia algun proyecto sobre Punta de Galles.

—Ninguno, —me respondió.

—¿Estais fatigado del viaje?

—Nada absolutamente, pues ya sabéis que el *Labourdonnais* anda bien, y como el tiempo estaba hermoso, navegábamos como sobre un lago.

—Entonces, podemos fijar el día de nuestra marcha.

—Estoy á vuestras órdenes. ¿Cuándo levantamos el campo?

—Mañana por la mañana ántes de salir el sol.

—Corriente; ya sabéis que me gustan las resoluciones prontas y las situaciones imprevistas. A propósito, sir Ralph Pridley de Cuddaloor me ha dado una carta de introduccion para el juez del distrito de Talawa.

—Magnífica idea, — le contesté, — pues necesitaremos en verdad *rehacernos* un poco al abandonar las salvajes provincias del Sur.

TERCERA PARTE.

EL PAÍS DE LOS ELEFANTES.